

Grito de emoción di Roberto Herrero (El Diario Vasco, 14/07/2007)

San Sebastian - Entiendo que haya quien piense que Urlo es excesivo, demagógico, ruidoso, pretencioso y hasta un un ejercicio de petulancia. Lo entiendo porque hay apuntes para todo ello, hay una acumulación de elementos de esos que muchas veces sirven para ocultar el vacío. Y hay una mirada tan personal que puede costar entrar en ella y, por lo tanto, es sencillo salir rebotado.

Yo he sentido todo lo contrario. Me he topado con una ceremonia, más que con un espectáculo, al que le sobra algo que suele escasear sobre los escenarios: emoción. Delbono construye una sangría de sensaciones con pequeños retazos que parecen bailar inconexos. Nos habla del ser humano desnudo, con ese grito que abre y cierra la obra, grito en el que parecen mezclarse por igual muerte y nacimiento, amor y desesperación, derrota y revuelta. Grito de silencio y de estruendo.

Porque Urlo es campo de estruendos y así se nos ofrece con una verdadera fiesta de imágenes, de música, de momentos de una intimidad apabullante y otros de encuentro festivo o de procesión sin santos, o con tantos santos como en un momento nos grita el señor Delbono.

La temperatura que provocan las gentes extrañas y fascinantes que van surgiendo entre ese decorado magnífico va subiendo a cada momento, en esa cadencia de instantes solitarios y movimientos corales, en esa comunión de palabra, gritos, canciones y silencio, muchos silencios.

Delbono mueve de maravilla las escenas corales, es un maestro en las transiciones, capaz de vaciar un escenario que estaba abarrotado y hacerlo casi sin que nos demos cuenta. Capaz de meter a una fanfarria procesionando y hacerlo compatible con un solo de guitarra y una voz que te dejan temblando.

Delbono crea estampas de una plasticidad envidable. Están en lo grotesco muchas veces y, sin embargo, parecen levitar sobre el escenario. Su brocha gorda no pesa, su trazo no por repetitivo dejar de ser un dibujo que llega directamente a nuestro interior. La emoción otra vez, la capacidad de transformar el teatro en una energía de la que no se puede escapar. Si se tiene algo abierto o por abrir dentro de nosotros, Urlo lo descerraja. Lo hace con imaginación, con furia, con libertad y también con todo eso que enunciaba al principio de esta reseña. El cóctel es tremendo. Te deja un sabor de euforia y tristeza. Y deja claro que cuando el teatro llega a esta capacidad comunicativa, entonces es imbatible.